

SEGUNDA PARTE
ADVERSA FORTUNA DE DON ÁLVARO DE LUNA

COMEDIA FAMOSA POR EL MAESTRO TIRSO DE MOLINA

Representóla Valdés.

PERSONAS

EL REY D. JUAN DE CASTILLA.	EL CONDE DE BENAVENTE.
LA REINA, su mujer.	JUAN DE SILVA.
EL INFANTE DE ARAGÓN.	ZÚÑIGA.
LA INFANTA DE CASTILLA.	ROBLES.
D. ALVARO DE LUNA.	VIVERO.
D. ^a JUANA PIMENTEL, dama.	UN PORTUGUÉS.
GRANDES.	DOS CIUDADANOS.

UN ALCAIDE.
UN SECRETARIO.
LINTERNA, gracioso.
MORALICOS, criado.
SOLDADOS.
CAZADORES.

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

Salen dos CIUDADANOS.

CIUD. 1.^o Seas, Nuño, bien llegado, á los reinos de Castilla, de los peligros de Oriente, de aquellas gentiles islas del mar Tirreno. Después que, capitán en Sicilia, dejaste á España, no tienen el estado que solían las cosas. El Rey es hombre; á empresas grandes se inclina. Niño le dejaste, y ya conocerle no podrías á verle sin majestad, y la diferencia misma en don Alvaro hallarás. Otro es ya; mas tanto priva con el Rey como merece: consérvele Dios la dicha. Viudo está, ya lo sabrás; que murió doña Mencía Portocarrero, que fué del señor de Moguer hija. El Rey, en fin, como sabes, casó con doña María,

hija del rey de Aragón, y las bodas en Medina se celebraron; y ahora esa grandeza que miras, ese espanto de los hombres, esa pompa y bizarría, ese concurso que ves en San Pablo, es que bautizan al príncipe don Enrique, que en las amenas orillas de Pisuerga le ha nacido deste matrimonio. Digan los críticos las señales con que los cielos avisan revoluciones y aumentos desta feliz monarquía. Tres padrinos, tres señores han de sacarle de pila. Don Alonso Enríquez es uno dellos; sangre antigua del mismo Rey, gran señor y Almirante de Castilla. El Adelantado es otro; ya sabes que se apellida Sandoval, y Diego Gómez ordinariamente firma. Es don Alvaro de Luna el tercero: no adivinan á este propósito mal políticos estadistas.

Dicen que los dos oficios á don Enrique apadrinan, y falta el de Condestable, que quedó de las ruinas de Ruy López, y que ahora querrá el Rey que se le pida don Alvaro, porque así en este bautismo sirvan los tres oficios que son, (ya, Nuño, tienes noticia) Almirante, Condestable, y Adelantado. La grita y aclamaciones del vulgo parece que nos avisan que salen ya de la iglesia. A esta parte te retira, ó acompañemos también la soberana familia del Rey, para ver después lo que tanto nos admira.

ESCENA II

Sale el CONDESTABLE DON ALVARO DE LUNA con el niño; dos teniéndole la banda en que le lleva; toda la compañía y damas; y sale el REY al encuentro. Después LINTERNA.

REY.

¿Cómo traéis al Príncipe?

DON ALVARO.

Cristiano, del gremio de la Iglesia, y con la risa, (como el alma es aliento soberano), su oculto regocijo nos avisa: tal, en florido Abril, clavel temprano muestra, rasgando la sutil camisa, en las hojas que son esfera breve, unas listas de sangre, otras de nieve. Cuando el desnudo Infante se miraba con un ceño arrugar la hermosa frente, de lágrimas los ojos coronaba, mayorazgo de Adam inobediente; y apenas del primer borrón se lava cuando, puesto el capillo transparente, alado serafín nos parecía que del trono de Dios se desasía. Por edades se cuente, y no por años su dichoso vivir y tú le veas conquistando los reinos más extraños, gallardo Anquises deste nuevo Eneas. No atienda á los mortales desengaños, entre las garras pálidas y feas de la muerte, hasta ver como retrata la prudente vejez hebras de plata. Alegrete de ver que excede y pasa su edad á la del Fénix matizado que en árabes aromas hechas brasa, su cuna y su sepulcro ha fabricado. En ésta, ya del sol célebre casa, de tus nietos te mires adornado, que con esto, señor, parecerías al año con sus meses y sus días. En tus armas coloque la Granada más hermosa del mundo Enrique, y sea quien aquella república cerrada

con flor de nácar en su escudo vea, que agora, de turbantes coronada, su pálida corteza abrir desea, mostrando por rubies y hermosos granos racimos de valientes castellanos. Este pimpollo de tu ilustre copa á Castilla dilate los extremos; piélagos surque en atrevida popa cuantos ocultos á los tiempos vemos, y revienten los límites de Europa hasta que en Asia la mayor llamemos, á pesar de los bárbaros alfanjes, Guadalquivir al Tigris, Tajo al Ganges.

REY. Denle el tiempo y la fortuna esa edad y ese trofeo, que yo mismo lo deseo, á don Alvaro de Luna. Si el gran Filipo decía, cuando Alejandro nació, que el cielo dicha le dió, porque en el tiempo nacía de Aristóteles, y diestro en la virtud peregrina, bebería la doctrina de tan divino maestro, lo mismo digo, que un rayo será el Príncipe temido, pues en el tiempo ha nacido que os podrá tener por ayo.

D. ALV. A tanta satisfacción el alma se rinde ya.

REY. Condestable, bueno está.

D. ALV. Esas palabras no son, señor, las que os he pedido. ¿Nuestro concierto, qué fué? ¿Condestable yo; por qué, si á los moros no he vencido?

REY. Esa modestia es bizarra, como lo fué esa cuchilla que retiró de Castilla las banderas de Navarra. Mayor victoria es vencer un rey cristiano que un moro: vuestros méritos no ignoro. Si bautizó el Canciller á don Enrique, es razón que le hayan apadrinado Almirante, Adelantado y Condestable, que son los cuatro oficios supremos de Castilla. Condestable, vuestra modestia no hable, y porque os cansáis, andemos.

(Van pasando.)

LINTERN. No ande más, gran señor, deténgase, que no es río: atrevimiento es el mío, pero discúlpale amor. Los sabios debemos ser audaces con cortesía. Yo soy de la Astrología el primer hombre, el primer conocedor de los cielos, un signo soy desatado del Zodíaco arrojado por trópicos, paralelos,

rumbos, climas, epiciclos, polos, astros, horóscopos, garamantos y galopos, horizontes y ericiclos. Mi fama ha de ser eterna; luz y guía soy del hombre, y por aquesto es mi nombre el licenciado Linterna. He sido levantador deste admirable portento, al dichoso nacimiento del Príncipe, mi señor; verás en esta figura cuánto le ha de suceder.

REY. Emulo no debe ser de su Criador la criatura. Lo que Dios ha dedicado para sí, no ha de inquirir el hombre, ni debe oír el pródigo y recatado los sucesos que revela la judicaria. Si son adversos, dan aflicción, su noticia desconsuela, si son prósperos nos dan vanagloria y confianza, y si después hay mudanza en los casos y no van sucediendo de ese modo, más nos afligen, y así nunca esas figuras vi: sólo Dios lo sabe todo.

(Rompe el papel.) Ningún pronóstico leo, ni tengo noticia dél, mas aunque rompí el papel, tomad por el buen deseo.

(Dale una cadena.) LINTERN. Vivas más que el que no muere, Fénix raro; mas no es justo adivinar sin tu gusto; vivas lo que Dios quisiere. Y el Príncipe que ha nacido; porque España un César vea, viva, señor, viva, y sea lo que Dios fuere servido.

(Vanse todos, y queda Linterna.)

ESCENA III

LINTERNA.

Aquí, que nadie me ve, ¿dónde está la ciencia mía, embustera Astrología, que yo palabra no sé? Que no es nuevo, en mi conciencia, este modo de engañar: ¡linda cosa es el hablar con ánimo y desvergüenza!

ESCENA IV

LINTERNA Y ROBLES.

ROBLES. Señor astrólogo.
LINTERN. ¿Pues ser astrólogo es ser loco?
ROBLES. Manda que le espere un poco

el Condestable.

LINTERN. ¿Quién es?
ROBLES. Don Alvaro, mi señor.
LINTERN. ¿Desde cuando?
ROBLES. Desde ahora.
LINTERN. Es muy dichosa esta hora, que está en la Ursa Mayor. ¹ Nadir y Cenit están en oposición del Can junto al luminar Triurno. Yo me acuerdo y muy ahina cuando no era Condestable.
ROBLES. ¡Linda memoria!
LINTERN. Notable.
ROBLES. Tomé la jacarandina.
ROBLES. La anacardina dirá.
LINTERN. Todo lo tomo. ¿Es dador, don Alvaro, mi señor?
ROBLES. Ya ha venido, y lo sabrá.

ESCENA V

DICHOS Y DON ÁLVARO.

D. ALV. Licenciado, ¿se acordó de alzar aquella figura que le dije?
LINTERN. ¡Qué locura! no preguntara más yo. Pues estóime aquí acordando cosas que espantan, y ¿había de olvidar lo que vusía tanto me está suplicando? El año de cuatrocientos, que nació dichosamente, tenía por ascendente dos planetas turbulentos, Marte y Venus. Cada uno por horóscopo tenía á Mercurio y á su tía: (ya se sabe que ésta es Juno.) Mirando estaba de trino Júpiter á los Tritones; y haciendo las direcciones, lo que juzgo y adivino es que tiene la fortuna de hacer sucesos notables con todos los Condestables dichos Alvaros de Luna. Con desdichas y embarazos todos aquellos á quien hará en este mundo bien, le serán ingratonazos. Dichoso en guerras será; vencerá vueseñoría tres batallas en un día; treinta títulos tendrá. Vivirá contento y falso con la fortuna en Madrid, Toledo y Valladolid.

D. ALV. ¿Y moriré?
LINTERN. En cadahalso.
D. ALV. Un lugar junto á Toledo. Vive Dios, que no he de entrar jamás en ese lugar, pues vivir sin verle puedo.

¹ Falta aquí un verso en el original.

LINTERN. Y con aqueso podrá ser un Juan de Espera en Dios; vivirá un siglo, y aun dos; Fénix barbado será.
D. ALV. ¿Quieres servirme?
LINTERN. Sí, haré.
D. ALV. (Ap.) (Me agrada su buen humor.) Hernando de Robles, mira.
ROBLES. ¿Qué me mandas?
D. ALV. Quien aspira á medrar con mi favor, una cosa ha de observar solamente.
ROBLES. Di cual es.
D. ALV. Oye primero, y después lo sabrás. De tu lugar te he sacado y te he traído á mi servicio. Hoy estás en el del Rey, porque vas, de mi amor favorecido, medrando más cada día, sin ser hombre principal. Tesorero general eres ya.
ROBLES. Ponga vusía dos hierros en esta frente, porque debo ser su esclavo.
D. ALV. Esa modestia te alabo: lo que quiero solamente es que agradecido seas, porque me han pronosticado muchos el ser desdichado haciendo bien.
ROBLES. No lo creas; y menos de mí, señor. Lo que ese astrólogo ha dicho es locura, es un capricho procedido de su humor.
D. ALV. Ve á besar la mano al Rey por la merced, que él lo quiere.
ROBLES. ¡Mal haya aquel que te fuere criado de mala ley; la fortuna le derribe; muera preso en buen estado!
D. ALV. Solamente es desdichado el que mal por bien recibe.— ¿Oyes, Vivero?

ESCENA VI

DON ÁLVARO, LINTERNA Y VIVERO.

VIVERO. Señor.
D. ALV. También vivís en mi pecho. Su Majestad os ha hecho ya su Contador mayor.
VIVERO. Alejandro aragonés; nuevo César, nuevo Eneas, católico Numa, veas tiempo y fortuna á tus pies.
D. ALV. Esas lisonjas no os pido; mayores puestos espero que habéis de tener, Vivero; solo os quiero agradecido.
VIVERO. Muera, señor, despeñado de un monte ó de algún balcón

el ingrato corazón que el beneficio ha olvidado. Hablad al rey, besad hoy su mano.

D. ALV. Tuyo seré.
VIVERO. Vete á casa tú.
LINTERN. Sí, haré; á mudar de traje voy, porque espero ser así presto tu enemigo fiero: quise decirte que espero recibir merced de ti.
D. ALV. Te firmarás Licenciado con espada.
LINTERN. ¿Qué advertido! ¿Yo he de firmar lo que he sido, y he de hacer lo que un soldado alferez en Aragón? Ordenóse y cura era, y daba desta manera cédulas de confesión: «Ha confesado este día conmigo el señor Tomé, y por esto lo firmé, el alferez Luis García.» Decir en mi tierra oí otra graciosa locura. Dijéronme que otro cura las cédulas daba así: «Ha confesado conmigo el regidor don Gaspar, y por no saber firmar, lo firmó por mí un testigo.» (Vase.)

ESCENA VII

DON ÁLVARO.

Mi ambición es solamente hacer bien. ¿Qué verde planta sobre los campos levanta verde rama, altiva frente, que no brinde en los caminos á su sombra y á sus flores, albergue de ruseñores, descanso de peregrinos? No seáis sólo para vos, Alvaro, en dichas seguras, porque esto de hacer hechuras tiene un no sé qué de Dios. La Infanta viene hacia aquí: me retiro. Y doña Juana, la que aurora soberana es del cielo para mí, la acompaña. ¡Ay, dulce amor! ¡poderoso imperio alcanzas! Entre guerras y privanzas no me deja tu rigor.

ESCENA VIII

DON ÁLVARO, un poco retirado; salen la INFANTA y DOÑA JUANA.

INFANTA. Doña Juana Pimentel, deste mal me han avisado; mira si tendré cuidado;

- tú me puedes sacar dél.
Habla al Condestable, amiga;
favor será no pequeño,
que es el Infante mi dueño,
y á tales ansias me obliga.
Sólo don Alvaro puede
sacarme deste pesar.
Vesle aquí, daré lugar
para que le hables. Quede
con los dos mi gran dolor
para que lástima os dé. (Vase.)
- JUANA. A tu alteza serviré
como debo. (Ap.) (Callá, amor;
disimula, niño Dios,
si en mí pretendes creer,
porque en dándote á entender
somos perdidos los dos.
Si hablas en esta ocasión
me darás, amor, enojos:
no te asomes á los ojos,
vive allá en el corazón.)—
Don Alvaro...
- D. ALV. Apenas creo
que en tu voz mi nombre oí.
JUANA. ¿Eso es imposible?
D. ALV. Sí,
tanto como mi deseo.
JUANA. A su alteza le dijeron
que al Infante de Aragón
previenen una traición
hombres que mal le quisieron,
que como el Infante mueve
nuevas guerras en Castilla,
no pienso que es maravilla
si á él el engaño se atreve.
Dicen que á caza ha salido,
y aunque el Rey lo haya mandado,
sacarnos deste cuidado,
don Alvaro, yo os lo pido.—
¿Dónde vais sin responder?
Volved acá, Condestable:
dadme lugar á que os hable.
D. ALV. ¿Dónde he de ir? A obedecer
órdenes que á mí me da:
gustos de vuesañoría
no admiten réplica. Mía
es tanta la causa ya,
que aunque es gloria estar oyendo
tu deidad y estar mirando,
lo que el alma estima amando,
quiero más, obedeciendo,
ausentarme y ser despojos
de esa dicha; porque es justo
que me ausente vuestro gusto
de la gloria de mis ojos.
- JUANA. Impedid una traición,
y á la Infanta este pesar.
D. ALV. ¡Qué buenó fuera llevar
para esta empresa un listón
verde de un pecho cruel!
Y su alteza no da cuenta
desto al Rey, por si él intenta...
- JUANA. Fuera para mí laurel
el verde listón, que diera
envidia á Césares.
- JUANA. Yo
pienso que él no lo mandó.

- D. ALV. La misma fortuna fuera
y fuera abismo de glorias.
JUANA. En Castilla no es razón
matar á Enrique á traición.
D. ALV. Yo porfio. Dos historias
son las nuestras, pero creo
que diferentes han sido.
JUANA. Yo hablo en esto que os pido.
D. ALV. Y yo en esto que deseo.
JUANA. Digo, pues, que ambos tendremos
dicha en esto, aunque distinta.
D. ALV. Pero en esto de la cinta
¿qué tenemos?
JUANA. ¿Qué tenemos?
una empresa porfiada,
locura en que un hombre dió.
D. ALV. Ya me contentara yo
con no veros enojada.
JUANA. Si á partido os dais, yo intento
volver otra vez los ojos;
digo que voy sin enojos.
D. ALV. Digo que yo voy contento.
(Vanse cada uno por distinto lado.)

ESCENA IX

Sale el INFANTE y un CRIADO.

- INFANTE. Estas fuentes y estas sombras
del celebrado Pisuerga,
de cuyas sombras y flores
aprende la Primavera,
suelen divertirme á ratos
del cuidado y la tristeza,
porque la caza arrebatada
todas las tristezas nuestras.
CRIADO. Della dicen...
- INFANTE. No me digas,
que es imagen de la guerra;
que es vieja civilidad,
y me cansa.
- CRIADO. ¿Y si dijera
que es inclinación real,
y las delicias honestas
de los príncipes?
- INFANTE. Dirías
cosa ordinaria y más cierta.
¿Los monteros, dónde están?
- CRIADO. Siguen diversas veredas
para entretenerte á ti.
- INFANTE. Entremos por la maleza
de sabinas enlazadas
con hermosas madrelvas. (Vanse.)

ESCENA X

Salen algunos CAZADORES con máscaras.

- CAZ. 1.º Guardas del monte ha pensado
que somos, y así cubiertas
las caras, como quien tiene
recelos y no vergüenza,
haremos lo que nos mandan
los señores que desean
el sosiego de Castilla,
matándole.

- CAZ. 2.º ¿Si lo intenta
el Rey ansí?
CAZ. 1.º No lo creo.
No son enseñanzas estas
de quien es su primo y rey.
CAZ. 2.º ¿Y los demás?
CAZ. 1.º Ya rodean
el monte, todos cubiertos
las caras, porque no pueda
escaparse de unos ú otros.
CAZ. 2.º ¿Cuántos somos todos?
CAZ. 1.º Treinta,
conjurados á morir
sin que la traición se sepa
de nuestras bocas.
- CAZ. 2.º Aquí
me parece que es la senda
donde vendrán á parar.
Aquí espadas y ballestas
le darán la muerte.
(Sale don Alvaro con máscara y háceles
señas que se vayan.)
- CAZ. 1.º ¿Quién
es aqueste que por señas
retirar nos manda?
CAZ. 2.º Alguno
diestro opuesto. Cabeza
será de la otra cuadrilla,
pues con máscara se muestra
orden dando á nuestro intento.
- D. ALV. Silencio, amigos, y alerta
á mi aviso.
- CAZ. 1.º Ya esperamos.
Reconoce bien.

ESCENA XI

DICHOS y el INFANTE.

- INFANTE. No esperan
los gamos, ni aun los conejos,
y aun es novedad que teman
hoy tanto.
- D. ALV. Señor Infante:
salga del monte tu alteza,
por esta parte que el río
que murallas de agua peina.
Suba luego en su caballo,
porque dalle muerte intentan
aquellos hombres que mira,
mejor diré, aquellas fieras.
¿Y sabéis quién los envía?
- INFANTE. No, señor. No se detenga
vuestra alteza; huya en tanto
que yo con maña ó con fuerza
los entretengo.
- INFANTE. El caballo
se ha quedado, amigo, fuera
del monte, y el ancho río
por aquí no se vadea.
Mal podré escaparme.
- D. ALV. ¿Mal?
Pues, señor, ánimo, y mueran
los traidores, ó muramos
los dos en vuestra defensa;

aunque primero he de ver
cúanto el artificio pueda.

(Háceles señas.)

- CAZ. 1.º Que nos vamos, dice; creo
que nos engaña; quien sea
no sabemos, y el Infante
está solo. No se pierda
la ocasión: acometamos.
- D. ALV. Si la maña no aprovecha,
apelemos á la espada,
señor, la dicha de César
va con vos.
- INFANTE. Y aun el valor,
según bizarro te muestras.
- CAZ. 2.º Un rayo del cielo ha sido
quien le ampara. Resistencia
es imposible; el huir
ahora nos aprovecha. (Huyen.)

ESCENA XII

El INFANTE y DON ÁLVARO.

- INFANTE. La vida, amigo, te debo:
¿quién eres?
- D. ALV. Quien no desea
paga de aqueste servicio.
- INFANTE. Descubre el rostro.
- D. ALV. No quieras
obligarte á nadie.
- INFANTE. Amigo,
en esto ¿qué me aconsejas?
¿Iré á palacio?
- D. ALV. ¿Pues no?
- INFANTE. Temo que mi muerte intentan
el Rey y su Condestable;
y así me he de ir á Villena.
- D. ALV. (Ap.) (Cuando me importa el honor,
acabarán las finezas
de no darme á conocer.) (Descúbrese.)
No imagine vuestra alteza
que mi Rey ni el Condestable
muerte ni mal le desean.
- INFANTE. Alvaro, dame los brazos.
¿De quién Enrique pudiera
sino de ti recibir
la vida? Tuya es mi hacienda,
mi bien, mi vida y mi alma.
- D. ALV. Sólo pido que agradezcas
mi voluntad, porque yo
hago bien sólo con esta
condición.
- INFANTE. Tú me casaste,
tú me das la vida.
- D. ALV. Quieran
los cielos que no me pagues
como suelen todos.
- INFANTE. Ea,
deja tal desconfianza.
Otra vez, ya se me acuerda,
te dí la mano y palabra
de ser tuyo.
- D. ALV. Vuestros sean
los reinos de Asia, señor.

INFANTE. Y tuya la fama eterna.
A Ocaña quiero partirme,
que mi pecho no sosiega.
Adiós, don Alvaro.

D. ALV. El vaya,
gran señor, con vuestra Alteza.

INFANTE. Tu amigo soy.

D. ALV. Yo tu esclavo.

INFANTE. No temas que ingrato sea (Vase.)

D. ALV. Si, temo, porque eres hombre,
y es tal su naturaleza. (Vase.)

ESCENA XIII

El Rey, y los Grandes.

GRANDE 1.º

A un reino conmovido,
¿qué prudencia de rey ha resistido?
Señor, el reino intenta,
no en modo descortés ni acción violenta,
que se ejecute luego
para bien de Castilla y tu sosiego,
lo que aquí se contiene,
que cuando injusto fuera, te conviene.

REY.

Yo lo veré de espacio.

GRANDE 2.º

Eso no puede ser. Aquí en palacio
el cumplimiento esperan
los grandes de Castilla.

REY.

¡Que ver quieran,
de la envidia llevados,
los vasallos leales castigados!

GRANDE 1.º

No es rigor conveniencia
que á tu corona importa. (Vanse.)

ESCENA XIV

El Rey.

¿Qué paciencia

tendré correspondiente
á la pasión colérica que siente
el alma? ¡Oh! ¡quién hiciera
lo que un rey de Aragón, y ejemplo diera
de justicia y rigores,
cortando en un jardín las aitas flores
que empinaban el cuello!
Simple era el monje rey, sabio fué en ello.
(Lee.) «Que de mi corte y casa
destierre yo á don Alvaro» ¿Esto pasa?
Confuso estoy; ¡que pida
el reino tal crueldad, si de mi vida
es la mitad! ¡ay, cielo!
la prudencia me falta y el consuelo.
Mas cuando el cumplimiento
deste destierro venga ¿con qué aliento,
si amor no da licencia,
podré notificarle la sentencia?

¿Cómo mis propios labios,
si bien le quieren, le dirán agravios?

ESCENA XV

El Rey y Doña Juana.

Doña Juana.

La Reina, mi señora,
te espera, gran señor.

REY.

Dame tú agora

valor y aliento, Juana,
que no puede mi lengua ser tirana.
El reino me ha pedido
lo que en este papel verás, y ha sido
tanto su atrevimiento,
que sin fuerza me deja y sin aliento
con que palabra alguna
decir pueda á don Alvaro de Luna.
Dile tú lo que pasa;
el reino le destierra de mi casa,
y yo, por no perdello,
forzado de los grandes vengo á hacello.

Doña Juana.

Señor, ¿cuándo las damas
secretarios han sido? ¿A mí me llamas
para intimar sentencia
que la envidia escribió con tal violencia?

REY.

Sí, Juana, porque es bueno
que al amigo se dé dulce el veneno.
El viene, aquí me empeño
en un grande dolor, yo finjo sueño
por no ver su semblante;
verle no quiero y quiero estar delante.

(Siéntase el Rey.)

¡Quién durmiera de veras
por no escuchar palabras lastimeras!

Doña Juana.

Si para tanta crueldad
al Rey le falta el valor,
¿cómo ha de hacer el amor
lo que teme el amistad?
Faltábame á mi amistad
para dejar de sentir
lo que no se ha de decir;
mas si lo pude leer
sin morir, bien podrá ser
que lo diga sin morir.
Excusa el Rey su dolor,
y á mi me le da doblado;
que la amistad no ha alcanzado
las finezas del amor.
Si yo adoro el resplandor
desta luna, aunque advertidos
se recaten mis sentidos,
ó ya honestos ó ya sabios,
¿cómo han de poder mis labios
dar veneno á mis oídos?

ESCENA XVI

Dichos y Don Alvaro de Luna.

D. ALV. ¡Durmiendo el Rey, y leyendo
con turbación un papel,
doña Juana Pimentel!
novedades estoy viendo.
Cuando en mí mismo no entiendo
si es verdad ó no es amor
¿qué mucho que con temor
estén mis ojos inquietos,
si ven juntos dos sujetos,
la privanza y el amor?
Don Alvaro.

JUANA.

D. ALV. No despierte
la voz al Rey; hable paso
vueseñoría.

JUANA.

Si en caso
tan riguroso y tan fuerte
en hielo no se convierte
la voz ¿cómo puede hablar
paso la que quiere dar
voces que remedio son
para echar del corazón
tantos siglos de pesar?
Don Alvaro, desdichado
fuera el hombre, á no tener
alma inmortal, y á no ser
un bosquejo trasladado
del mismo que le ha criado;
porque excedido se viera
de los brutos, de una fiera,
de un pajarillo pequeño,
y siendo el hombre su dueño,
miserable animal fuera.
Y es su excelencia mayor,
digna que se estime y precie,
que los brutos de una especie
tienen, pues tienen amor;
entre sí se dan favor,
y sólo el hombre es cruel
con el hombre, porque en él
nunca hay paz, y siempre lidia.
Rasgos son de humana envidia
las letras deste papel.

D. ALV.

Déjame tan prevenido,
que ya es fuerza que al leer
piense que ha de suceder
tanto como el trueno ha sido.
(Lee.) «Señor, el reino ha advertido
que don Alvaro pretende
mandarlo todo:» El ofende
mi intención y mi lealtad;
no dice el reino verdad,
mas la envidia ¿qué no emprende?
(Lee.) «Causa ha sido su ambición...
(¿Ambición es fe sencilla?)
que nos den guerra en Castilla
los Infantes de Aragón;
y así muchos grandes son
de su parte, por lo cual
es conveniencia real
que el Condestable no esté
en la corte.» Mayor fué
el temor del mal que el mal.
Letra de Robles parece...
¡Vive Dios, que es de su mano!

Quien hace bien á un villano,
quien á aun traidor favorece,
esta ingratitud merece.
Mas ¿qué mucho si en aquel
divino y santo vergel
labró Dios una figura
que, en mirando su hermosura,
se reveló contra él?

¡Mi señora, cuando importe
al Rey, mi señor, mi ausencia,
no es muy agria esta sentencia.
Partiréme de la corte,
y á los piélagos del Norte
me pasaré, al mar profundo
que ve el Ponto sin segundo,
ó por ver si verdad fué
que hay antipodas me iré
buscando otro nuevo mundo.

REY.

Sois ingrato y desleal
á mi grande amor. ¿Ansí
sentís el dejarme á mí,
cosa que llevo tan mal
que aun el ánimo real
me ha faltado, vive Dios,
para deciroslo, y vos
sentís alegre y cortés?
No, Condestable, no es
amistad la de los dos.

D. ALV.

Rey y señor, el no verte,
supuesto que mi desgracia
fuera el perder yo tu gracia,
eso fuera trance fuerte,
sombra y líneas de la muerte.
Eso sí fuera sentir,
eso sí fuera morir,
eso sí fuera penar,
eso sí fuera llorar,
eso sí fuera gemir.
Pero importando al sosiego
de tu reino mi partida,
atropéllese mi vida,
muera ó ausénteme luego;
que aunque con el alma llevo
á sentir tu ausencia yo,
aquél que honrado nació,
y sus costumbres condena,
siente el merecer la pena,
pero el padecella no.

REY.

Condestable, yo no soy
tan filósofo moral;
vuestra ausencia llevo mal,
tristeza al semblante doy.

D. ALV. Rey mío, excusando estoy
lo que el alma calla y siente.
Sabe Dios si estando ausente
yo sentiré más dolor,
porque en materia de amor
es más tierno el más valiente.

JUANA.

(Ap.) Y quien oye á la amistad
hacer aquestos extremos
¿qué ha de hacer? Disimulemos,
amor, tirana deidad
de la humana voluntad.

D. ALV.

REY.

D. ALV.

REY.

En Aillón me estaré yo.
¿Es tuyo? Pienso que no.
¿Tu merced olvidas?

¿Quién,

si es amigo hombre de bien,
se acuerda de lo que dió?

D. ALV. Sólo se debe acordar
quien ve que el que lo recibe
desagradecido vive.

REY. Tu ausencia podrá obligar
á que pueda sosegar
esta envidiosa porfia.
Escribeme cada dia.

D. ALV. ¡Cómo pudiera vivir
callando sin escribir
afectos del alma mía!

REY. ¿Y qué tiempo estaré yo
sin vernos?

JUANA. (Ap.) ¡Amor extraño!

D. ALV. Un año.

REY. Siglo es un año,
Condestable; un año no.

JUANA. (Ap.) Con mi misma lengua habló.

D. ALV. Medio estaré.

REY. No ha de ser
sino tres meses.

D. ALV. Hacer
tu voluntad determino.

REY. Y toma para el camino
el ducado de Alcocer.

D. ALV. Beso tus pies.

JUANA. (Ap.) ¡Quién le diera
el favor que me pedía!
Modo falta, no osadía,
que ya siento de manera
su ausencia, que le dijera
lo que el Rey. ¡Ah, listón verde!
¡Qué dulce ocasión se pierde
de que vos suyo seáis,
para que allá le digáis
que, si ama, de mí se acuerde!

D. ALV. Viviera fuera de mí
á no haber de verte presto,
y podré decir con esto
que te dejo á ti por tí.
Tu quietud procuro así;
reina en paz, vive, señor,
sin este inquieto rigor,
y aquél que servite sabe,
ya que en tu corte no cabe,
quepa al menos en tu amor.

REY. Ese ha de ser inviolable:
Pilades soy de mi gusto.

D. ALV. Di Mecnas con Augusto.

REY. Abrazadme, Condestable.

D. ALV. Calle Alejandro, no hable
su privado Efestión.

JUANA. Amor, dame la ocasión.
Ea, modestia importuna,
sirva de rayo á esta Luna
la plata deste listón.
No me vió el rey.

D. ALV. Juraré
que al tocar tus brazos yo
dos favores recibí
un alma, un pecho, una fe.
¿Qué esperanza no tendré,
si tus brazos merecí,
si con ellos recibí
el favor más excelente
que al sol coronó la frente

de topacio y de rubí?

REY. Adiós, Alvaro.

D. ALV. Sin dos
almas voy.

REY. Vengan mañana
cartas.

D. ALV. Adiós, doña Juana.

JUANA. (Ap.) (Responder no puedo.) Adiós,
don Alvaro.

REY. (A don Alvaro.) ¿Cómo vos
no me miráis?

D. ALV. No me atrevo.

REY. Mucho os amo.

D. ALV. Mucho os debo.

JUANA. (Ap.) Mucho callo.

REY. ¡Qué rigor!

D. ALV. ¡Qué cuidado!

REY. ¡Qué temor!

JUANA. Triste voy.

D. ALV. Pesares llevo.

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

Salen DON ALVARO y LINTERNA.

LINTERN. Gracias á Dios que te veo
volver á la corte ya.

D. ALV. ¿Qué hay de nuevo por allá?

LINTERN. Hay un general deseo
de verte en los corazones.
Lo que pasa, Alá saber.

D. ALV. Si máscaras suelen ser
lisonjas y adulaciones
que nos cubren el semblante,
¿quién verá lo verdadero?

LINTERN. No quedará caballero
que no salga de portante
á recibirte, por verte
de su rey favorecido.
Dél se cuenta que ha sentido
más tu ausencia que la muerte
de la reina.

D. ALV. Calla, necio.
Sentimientos y cuidados
de los reyes son sagrados
de tal deidad, de tal precio,
que no los ha de juzgar
la plebe, ni discurrir
sobre el obrar y sentir
de su rey. En lo vulgar
te pregunto qué hay de nuevo;
deja aparte lo sagrado.

LINTERN. Si desto me has preguntado,
poca estimación te debo.
Sabe que tienes de hallar
monstruos que la corte espantan.
Yo vi músicos que cantan,
sin hacerse de rogar;
yo vi sana una ramera,
yo vi celoso un marido,
un culto que se ha entendido
y un calvo sin cabellera;
una vieja sin gruñir

y sin fingirnos cuidado,
y una moza que ha hablado
tres palabras sin pedir.

D. ALV. Ya disparatas, no espero
que tu gusto me entretenga.

LINTERN. Juan de Silva viene.

D. ALV. Venga,
que es honrado caballero.

ESCENA II

DICHOS y JUAN DE SILVA

SILVA. Déle, señor, vucelencia
á esta hechura los pies.

D. ALV. Juan de Silva amigo, ¿qué es
Excelencia?

SILVA. Es diferencia
que inventó la cortesía
para que entre los señores
se conozcan los mayores.

D. ALV. ¿No bastaba señoría?

SILVA. Y así á los grandes se dice.

D. ALV. Acepto el tratarme así,
como no comience en mí,
que un privado es infelice
con el reino cuando suele
ser dichoso con su rey.
Sin el freno de la ley
le murmuran, aunque vele,
sobre sus mismas acciones
y se ajuste á la razón.
En mí llaman ambición
el recibir galardones
de las manos liberales
de mi rey; pero, paciencia.
¿Y cómo está vucelencia
detenido aquí en Cigales?

D. ALV. Hasta ver segundo aviso
de su majestad, á quien
mi llegada escribí.

SILVA. Bien
tu persona estimó y quiso
su majestad.

LINTERN. Por la arena
corren dos; aprisa suben.
Mientras tienes miel, acuden
zánganos á la colmena.
Cuando al destierro saliste
eras colmena vacía,
poca gente nos seguía;
pero ahora que volviste
á la corte y al amor
del rey, te van aplaudiendo:
velos, señor, conociendo;
velos marcando, señor.

ESCENA III

DICHOS, ROBLES y VIVERO.

VIVERO. Vucelencia dé los pies
á sus criados.

ROBLES. Y sea
bienvenido, pues desea
Castilla, por su interés,
esta dichosa venida
con que á mí el vivir me dais.

D. ALV. Como vos lo deseáis
sea Hernando vuestra vida.
(Saca un papel.)
Robles, preguntaros quiero
si esta letra conocéis.
La cólera y la razón
no consienten dilación:
no os turbéis ni la neguéis.
Confieso que la escribí,
pero... señor...

LINTERN. Que no hay pero:
vos sois lindo majadero.

D. ALV. Si yo aquel villano fui
que la serpiente abrigó,
que muerda no es maravilla.

ROBLES. Los señores de Castilla,
sin tener la culpa yo...

D. ALV. Bueno está, no deis disculpas,
que ya sé que en vuestra casa
dos juntas hizo la envidia
de mis émulos. ¿Qué causas
os he dado para ser
escritor de las palabras
que este memorial contiene,
envidiosas y tiranas?
¿Por haceros bien y honraros
merezco vuestra desgracia?
Una de dos: ó me habéis
de confesar que vuestra alma
es ingrata y sois traidor,
ó que merezco la infamia
de este papel; porque vos,
siendo una persona baja,
no habéis merecido nunca
las mercedes soberanas
de mi Rey, y me castigan
por haber sido la causa.
¡Que escriban los naturales
admirables alabanzas
de brutos agradecidos,
y el hombre, imagen sagrada
de Dios, apenas lo seal
¡Que de las azules garras
de una serpiente librase
á un águila hermosa y parda
un piadoso Labrador,
que á coger las ondas claras
bajó de una clara fuente,
y luego al beber el agua,
el águila, agradecida,
le derribó con las alas
el barro, porque el veneno,
que el Labrador ignoraba
y vomitó la serpiente
sobre la líquida plata,
no le matase! ¡Que un hombre,
en los desiertos de Arabia,
sacase una aguda espina
á un león cuando bramaba
extremeciendo los montes
y derribando las palmas
de dolor, y que después,
saliendo este hombre á la plaza
de Roma, echado á las fieras,
aquella bestia inhumana
reconoció agradecida
al bienhechor, y á sus plantas

se postró, diciendo muda:
aquí mis dientes no matan
á quien la salud me ha dado;
su defensa soy y guarda!
¡Qué confusión! ¡Qué vergüenza
de los hombres! ¿Qué pensabas
cuando estas letras hacías,
menos que fiera, si agraviás
con villana ingratitude
la naturaleza humana,
pues el águila y león
te enseñan y te aventajan?
Vive Dios, que á tal traición
no hay condición recatada,
no hay prudencia, no hay paciencia,
todo es ira, todo es rabia.
Pudiera darte la muerte
el acero desta daga,
mas quiero que sepa el mundo
que mi razón no te mata
porque me hiciste una vez
un gusto, y así mi alma
quiere ser agradecida,
no atendiendo á la venganza,
por darte ejemplo con esto;
que las piadosas entrañas
del hombre noble perdonan
por un servicio mil faltas,
y es mejor agradecer
el corto don que se alcanza
que vengar muchas injurias,
que uno da honor, otro agravia.
Acuérdomme que dijiste:
«muera en prisión triste y larga
quien no fuere agradecido.»
Castigüente tus palabras;
vete en paz; sigue tu estrella.
Tú, Vivero, en esta causa
toma ejemplo y escarmienta;
y si mi piedad te engaña,
advierte que no está siempre
nuestra cólera enfrenada,
que algunas veces se suelta.

LINTERN. Señor, el Rey de Castilla,
de León y las montañas,
de Toledo y de Sevilla:
el príncipe de Vizcaya,
el hijo del rey Enrique,
el soberano monarca,
el nieto del rey don Juan,
el primer hombre de España...
¿Qué dices, bestia?

D. ALV. Que viene,
LINTERN. si mis antojos no engañan.
Suya es aquella carroza;
ya llega cerca, ya para,
ya levantan el estribo,
ya sale fuera, ya aguarda
que á sus pies llegues. Camina,
que tu dicha te acompaña.

ESCENA IV

Dicenos y el REY, y gente.

REY. Alvaro, amigo.

D. ALV. Señor,

la corona castellana,
el blasón de España sale
de su trono y de las alas
de su deidad, y recibe
con honras extraordinarias
sus hechuras.

REY. Condestable:
en mi edad, si bien no larga,
no he tenido mejor día.
¡Oh, cuánto ver deseaba
tal amigo! ¿Cómo vienes?

D. ALV. Alegre, como quien halla
tantas honras y mercedes
y un rey que mi amor me paga
tan inmenso y tan profundo
que la luz hermosa y clara
era imagen de la muerte
en su ausencia. Las bizarras
manchas del cielo y estrellas
sólo de noche miraba.
La corona de Ariadna
entre los confusos sueños,
como no está ociosa el alma,
me representaba especies
de algunas cosas pasadas
entre los dos; y si acaso,
entre horrores y fantasmas,
se turbaba el sueño, todo
era ver águilas pardas
y leones, por ser reyes
de los brutos. Ya hallaba
basiliscos animales,
que reyes pequeños llaman,
porque traen unas coronas
de reyes, verdes y blancas.
Si á referir mis pasiones
sali á las verdes campanas,
sólo el hermoso granado
los ojos me conquistaba;
porque entre ramas de murta,
entre las flores de nácar,
como un monarca del campo
da su fruta coronada.

REY. Yo, amigo, podré decirte
que la luna contemplaba
muchas veces cuando hermosa
hurtó al sol rayos de plata,
por ser tu nombre, y decía:
«Si yo soy el sol de España
y he de iluminar mi luna,
¿qué mar, qué tierra pesada
se ha puesto en medio y no deja
que penetre esferas altas
su luz?» Y dorando rayos
de rosicleres su cara,
sosegué al fin el eclipse
que la envidia te causaba.
Llaméte y veniste, y yo
viudo ya en ausencias largas,
salgo á alegrarme, y te doy
con obras, no con palabras,
la bien venida. Ya eres
duque de Escalona y Riaza.
D. ALV. Y esclavo del rey don Juan.
REY. ¿Quién es el que te acompaña?
D. ALV. Juan de Silva, un caballero
que por sus partes hidalgas

le estimo.
REY. ¿Y aquel traidor,
el ingrato en cuya casa,
que ya lo supe, se hizo
la conjuración pasada
contra ti, se atreve ahora
á vernos? Ya tengo causas
para derribarle: en éste
el castigo no es venganza.
Sea mi Alférez mayor
Juan de Silva, y porque haga
luego algún servicio, prenda
á Hernando de Robles.

SILVA. Gracias
por tan gran merced te dé,
César español, tu fama.
ROBLES. Señor, ¿en qué te he ofendido?
REY. En muchas cosas. ¿No basta
comunicar con personas
á mi corona contrarias?
La hacienda le secrestad.

LINTERN. La fortunilla voltaria
ha dado patas arriba
con toda vuestra arrogancia.—
Señor Juan de Silva, escuche.
Crió un villano en su casa
un cochino y un jumento.
Al cochino regalaba
tanto, que al jumento mismo
daba envidia, que esta falta
es muy de asnos. Llegó el día
de San Martín, y escuchaba
el asno grandes gruñidos.
Asomóse á una ventana,
y vió al misero cochino
el cuchillo á la garganta,
que roncaba sin dormir.
¿Para aquesto le engordaban?
dijo el asno: Voime al monte
por leña, venga mi albarda.—
Subiste, llegó tu día,
roncando va tu desgracia;
vuélvome á mi astrología,
ser mozo de espuelas basta.

ROBLES. ¡Bárbaro, loco, por vial!
LINTERN. Gruñidos son; no me espantan.
D. ALV. Honras recibió infinitas.
REY. Silva.
SILVA. Señor.

REY. Dad las gracias
á don Alvaro; por él
todas mis mercedes pasan;
dél reciben la virtud,
á la manera del agua
que por arcaduces lleva
su curso á la fuente clara.
Con mercedes y castigos
se han visto bien gobernadas
las repúblicas.
D. ALV. Del orbe
seas singular monarca. (Vanse.)

ESCENA V

La INFANTA y DOÑA JUANA PIMENTEL.

INFANTA.

El Infante me ordena en esta carta
que á Trujillo me parta,

villa que el Rey le dió, y quitó á Villena.
Colérico me ordena,
sin duda, esta partida.
Alguna guerra tienen prevenida
el de Navarra y él; y así mi hermano
tendrá sosiego en vano
en tanto que mis primos
en Castilla estuvieren. Bien lo vimos
en el año pasado,
pues con estar conmigo desposado,
á Castilla turbó paz y sosiego
don Enrique, aunque luego
se redujo á la paz. ¿Qué causas pueden
hacer que muchos su opinión hereden?
Ya muchos Grandes siguen su partido,
por mirar que ha venido
don Alvaro, y le ha dado
tan grande mano el Rey.

Doña JUANA.

¿Cuándo un privado

un rey no tuvo, si en dos mil historias
divinas y profanas, las memorias
ejemplos ven frecuentes,
que son comunes ya á todas las gentes?
Esto no es bien se diga.
¿No ha de tener el Rey quien la fatiga
del peso del reinar le sobrelleve,
con quien él comunique lo que debe
hacer en las acciones más dudosas?
¡Oh, gentes envidiosas!
¡Oh, condición humana;
rigurosa costumbre, vil tirana,
de miseros mortales,
que siempre las envidias son fatales
al que el Rey quiere bien! Nadie repara
cuán peligrosa y cara
es aquella privanza.

INFANTA.

Don Alvaro ha llegado;
quiero dar cuenta al Rey de mi cuidado.

Doña JUANA.

Y yo, si vuestra alteza
ausenta de palacio su belleza,
licencia pediré, muerta María,
la reina mi señora, á quien servía.

INFANTA.

¿Qué he de hacer, doña Juana?
Volveráse á casar el Rey mañana. (Vase.)

Doña JUANA.

Vuestra alteza, señora,
es el dueño que yo venero agora.
El parabién de la venida quiero
dar al Condestable.
Esperaré á que hable
con este caballero.

ESCENA VI

Doña JUANA, DON ÁLVARO y UN CABALLERO
PORTUGUÉS.

DON ÁLVARO.

Digo, señor, que en esto no habrá duda.
Con Isabel de Portugal sin falta